PRESENTACIÓN

Cuando el filósofo Theodor Adorno regresó de su exilio americano por primera vez a Alemania, en 1949, manifestó su sorpresa por no encontrar a nadie, entre sus paisanos y conciudadanos, que se reconociera en su pasado nazi y hitleriano, más invisibles aún después, cuando en los años sesenta dirigía el Instituto de Investigación Social en Frankfurt, hasta su fallecimiento en 1969. De igual manera, cuando Ildefonso Manuel Gil regresó de la Rutgers University de New Jersey a la Zaragoza y España de principios de los años ochenta, los que habían desaparecido también del escenario eran los «franquistas» de ayer, nadie se reconocía como tal, empeñadas, las elites políticas y culturales más identificadas con el «régimen anterior», en la útil tarea de construirse apresuradamente presentables pasados de «liberales», ocultos, callados, resignados, reprimidos, cuando no de demócratas anticipados en cómoda y paciente espera.

Ya en 1963, cuando Ildefonso decidió trasladarse a los Estados Unidos, con la mediación y el apoyo de Francisco Ayala, y dar comienzo a las dos décadas de su etapa académica y personal americana, en la sociedad española que abandonaba eran pocos quienes reconocían su pasado inequívocamente «fascista» de los años treinta y cuarenta, aunque muchos, con más orgullo o discreción, se identificaban de modo natural como «franquistas», bien adaptados a la dictadura del general y a la condición excluyente de vencedores en la guerra, o «Cruzada», de Liberación, que algunos comenzaban a denominar, más generosamente, «guerra civil», a la par que podían iniciar una legitimación del Franquismo que lo explicaba como régimen «modernizador», «autoritario», sólo autoritario, suave calificativo inventado por sociólogos de la guerra fría que borraba el pasado que había que borrar, y era muy bien recibido, a esas alturas, por los gestores y entusiastas de la guerra, la victoria y la dictadura.

Pero Ildefonso Manuel Gil conoció y padeció «fascistas» y falangistas bien reales y verdaderos, encarcelado en el seminario de Teruel, entre el temor y la incertidumbre de formar parte de las sacas de fusilados al amanecer, como los conoció en la guerra y en la inmediata posguerra, en la que fue objeto de la pertinente depuración a cargo de unos vencedores que alardeaban y se exhibían sin pudor y con poca clemencia. Fue la de la guerra una experiencia radical sobre la que el escritor de Paniza pasa muy discretamente en sus memorias, pero que resultó primordial para su biografía personal y para su creación literaria, como nos reconstruye espléndidamente en estas páginas Domingo Ródenas, quien contextualiza sus novelas y relatos en la percepción narrativa de los vencidos; José-Carlos Mainer, que reconstruye lo común y compartido de la «herida de la guerra civil» en la poesía de la posguerra, y Jordi Amat, que agrupa y define a los escritores de esa «generación de 1936». De la misma manera, y por largo tiempo, Ildefonso conoció, trató, capeo, como pudo, entre «franquistas» reales y concretos, de carne y hueso, nombres y apellidos, en los medios culturales y políticos de la ciudad y de la provincia, que le tocó hacerlo en el periodo más severo y despiadado del primer franquismo, sin acabar de quitarse nunca la marca del vencido que pide favores con cuidado a la vez que percibe los límites que se le señalan.

Yo tuve la oportunidad de tener como compañero, entre 1963 y 1965, en aquellos cursos «comunes» en la Facultad de Filosofía y Letras a alguien llamado Alfonso Gil Carasol, apiñada en las últimas filas de su aula magna la escuálida patrulla de varones que componía aquellos cursos, y la perdí, porque nunca supe que era hijo de Ildefonso, y la hubiera perdido de cualquier manera, porque la mayoría de la clientela universitaria de entonces, si no teníamos otra vinculación distinta de la oficial con la realidad social o cultural zaragozana, desconocíamos la existencia de su persona, cuánto más de su obra; nadie nos dijo nada, ni siquiera a mediados de los años sesenta. Y era algo más que ignorancia, pues éramos todos víctimas de las consecuencias buscadas y logradas por el infame «holocausto cultural» que siguió a la victoria franquista.

Pues el nuevo estado de los vencedores puso en pie un proyecto de minuciosa y ambiciosa ruptura de la tradición liberal en todos los ámbitos, con excelentes resultados, ya que penetró profundamente en capas muy amplias de la población, y muy efectivamente en las nuevas generaciones que ignoraban todo de una cultura de la España liberal y republicana que tuvieron que conocer, más tarde y a destiempo, por sus propios medios y en contra del potente adoctrinamiento oficial político, educativo, simbólico, que, visto desde hoy, tenía mucho más de voluntad totalitaria y excluyente que de autoritarismo tolerante y bonachón.

Desde una perspectiva de historia de las elites culturales e intelectuales no es difícil observar cómo se reanudaron tempranamente los vínculos entre los escritores y profesores del exilio y algunos de aquellos que pudieron sobrevivir en el interior bajo la dictadura militar, sobre todo si habían tenido oportunidad de compartir experiencias y redes de información o de presencia pública en los años treinta, antes de la guerra. Poco a poco fue creciendo la circulación de noticias, el conocimiento o intercambio de libros y revistas, algunas visitas en una y otra dirección, pero eran procesos y fenómenos perfectamente minoritarios, tanto para quienes participaban en ellos como para quienes podían acceder a su conocimiento, reservados y camuflados, muy próximos a la clandestinidad, a un recomendable ocultamiento; los contactos individuales constituían más excepciones que norma. La imagen de un «telón de hojalata» entre la cultura oficial franquista y la cultura del exilio es engañosa, con claridad hasta los años sesenta, y deudora de las revisiones del pasado que algunos adaptaron a los años de la guerra fría. El telón podía ser de hojalata para reducidas elites intelectuales, pero para el conjunto de la sociedad, así en la política como en la cultura, su consistencia lo aproximaba más a un sólido muro de cemento armado o de algún metal más recio que una delgada y ligera chapa.

Ildefonso Manuel Gil tuvo las dos experiencias, la del exilio interior a la búsqueda de una acomodación personal y profesional, a la espera y esperanza en el paso del tiempo, en larga negociación con la áspera realidad provinciana y consigo mismo, y la de la cultura del exilio americano que le permitió reanudar con libertad, pero aún con cautela, unas redes y relaciones personales anteriores, más libres y gratificantes, cuyo origen, treinta años después, ya comenzaba a estar lejano. Cabe imaginar que el demediado profesor zaragozano participó de la convicción a la que muchos, dentro y fuera, iban llegando desde finales de los cincuenta y principios de los sesenta: la dictadura de Franco iba a durar; una expectativa que, unida al cansancio, le llevó a dar un giro completo a su biografía, cumplidos ya los cincuenta años, y a vivir la experiencia personal de recorrer el camino inverso de los escritores de su generación con que más se identificaba, que comenzaban a regresar cuando él se fue.

Por todo ello, es comprensible que, como Director de la Institución Fernando el Católico, me complazca particularmente atender la invitación de presentar este libro, resultado de las lecciones impartidas en un curso celebrado en el Aula de la IFC a finales de noviembre de 2012, en recuerdo del centenario de quien también fuera su director entre 1985 y 1993. Lo dirigió Manuel Hernández Martínez, quien repasa aquí la obra literaria y la biografía de Ildefonso desde

el testimonio y el conocimiento que le proporcionó elaborar una tesis doctoral sobre su persona dirigida por José-Carlos Mainer. El libro recoge intervenciones sobre las diversas dimensiones biográficas, literarias, profesionales, y compone una evocación global de su persona, desde la altura del centenario de su nacimiento, añadiendo interpretaciones y perspectiva a los estudios disponibles, a las tesis doctorales, ediciones y noticias biográficas que proporcionaron Rosario Hiriart, el propio Manuel Hernández y otros autores.

Pues, además, la biografía de Ildefonso corre en estrecha relación con la Institución Fernando el Católico, desde que esta viera la luz en 1943, de la mano de una joven generación falangista procedente del SEU, hasta que, ya retornado y jubilado, fuera reclamado para dirigirla, quien a mediados de los cuarenta era un cauteloso meritorio que comenzaba a publicar en la misma con el apoyo de José Manuel Blecua, y que ni siquiera había conseguido ser elegido Consejero de la casa en votación propuesta por Jose María Lacarra y Luis Horno en 1961. Su nombramiento, ya mediados los años ochenta, diez años después del comienzo del proceso político de transición a la democracia, está cargado de variadas implicaciones simbólicas, desde el tardío reconocimiento, a nivel provincial, de la cultura sistemáticamente excluida por el franquismo, la esperada puesta en marcha del desmantelamiento de las instituciones culturales franquistas, la actualización y adecuación de la política cultural de una prestigiosa institución provincial a los valores y prácticas de una cultura democrática, y la liquidación definitiva de las inercias del tiempo viejo que se habían prolongado demasiado en la dirección, organización y actividades de la IFC; La Institución experimentó un necesario proceso de refundación para salvaguardar su tradición científica y editorial, adecuando su funcionamiento al de una sociedad y política democráticas. Su labor como director de la misma (1985-1993), es reseñada y detallada aquí por Guillermo Fatás, quien le sucedió al frente de la misma.

Ildefonso estuvo vinculado a la IFC desde su primera formación, publicó su primer artículo en el *Archivo de Filología Aragonesa* en 1945 y en ella dio las primeras charlas sobre *La Serafina* de su querido Mor de Fuentes, o sobre literatura portuguesa; mediados los cincuenta, ya cuarentón, fue nombrado director interino de la sección de Literatura en 1954, luego secretario de la Cátedra Gracián que dirigía Ynduráin; en las colecciones de la IFC se publicó su tesis doctoral, dirigida por Francisco Ynduráin y defendida en 1957, sobre el propio Mor de Fuentes, como rememora y explica aquí María Dolores Albiac, así como las tesis y libros que sobre su obra y su persona elaboraron posteriormente Rosario Hiriart (1981, 1984) o Manuel Hernández (1997); la tesis de Rosario Hiriart

es uno de los pocos libros que la IFC ha presentado en Nueva York (Casa de América, 1991). Su vida académica en España y en América, aquí descrita por María Antonia Martín Zorraquino, compone un vaivén en el que la presencia de Zaragoza y de la Institución Fernando el Católico es constante y permanente durante más de medio siglo. Cabe imaginar el entusiasmo reparador con que el escritor de Paniza se aprestó a organizar la celebración del centenario de su mentor y amigo Benjamín Jarnés en 1988, a organizar la colección de sus «Cuadernos jarnesianos», a trasformar la organización y orientación de la IFC, desde su experiencia y contando con las propuestas y consejos de las personas de generaciones más jóvenes y de reconocimiento académico más reciente de las que se supo rodear.

El nuevo director había aguantado la cultura zaragozana del franquismo hasta finales de los años cincuenta, en un ejercicio constante de supervivencia y de búsqueda de espacio profesional y literario. En 1951 su relato titulado *La moneda en el suelo* obtuvo el prestigioso Premio Internacional de Primera Novela creado por José Janés, otorgado por un jurado presidido por Pío Baroja, circunstancia aquí reconstruida por el profesor y crítico Santos Sanz Villanueva. Sus amigos proyectaron «expresar públicamente nuestra admiración y nuestra alegría ofreciéndole una comida» el día 12 de junio en el restaurante Salduba, invitaciones que habían de ser recogidas en las librerías Pórtico, Lepanto, Libros y General. La documentación conservada en el Archivo de la hoy Delegación del Gobierno Civil de Zaragoza nos permite conocer cómo un profesor de la Universidad, militante falangista, y significado directivo de la Institución Fernando el Católico, se dirigió por escrito al Jefe Provincial del Movimiento alertándole de que la mayor parte de los firmantes de aquella convocatoria «tienen un destacado matiz político izquierdista», con la advertencia de que el homenaje «tiene un valor destacado como concentración de la mayor parte de la intelectualidad izquierdista en nuestra ciudad». Los convocantes eran Francisco Ynduráin, José Manuel Blecua, Rafael Gastón, Luis Horno, Federico Torralba, Pascual Martín Triep, Andrés Ruiz Castillo..., y entre los ochenta asistentes se encontraban personas como Pedro Galán Bergua, Emilio Moreno Alcañiz, Pablo Cistué de Castro, Emilio Alfaro, apellidos ciudadanos tan conocidos y respetables como Chóliz, Faci, Yarza, Boira, Burbano... etc., una buena muestra, en todo caso, y ni siquiera en todos, de las diversas estrategias de adaptación a la vida cultural provincial, desde la aceptación a algunas formas de resistencia resignada muy alejadas, cierto, de cualquier imposible tentación de izquierdismo político. No acierta del todo Luis Horno Liria en sus memorias al enumerar los apoyos y valedores

que encontró Ildefonso en aquella «intelectualidad» zaragozana de mediados del siglo XX. Ildefonso se cansó y tuvo la audacia y la energía de emprender, a sus cincuenta años, un futuro americano. Cuando regresó, ya en los años ochenta, tampoco encontró franquistas, ni en el presente ni en el pasado, la misma experiencia que había tenido Adorno, se habían desvanecido; pero no en la historia que hoy se escribe.

Zaragoza, octubre de 2013.

Carlos Forcadell Álvarez
Director de la Institución «Fernando el Católico»